

La Marquesa Julia de Barolo de la familia Colbert
Memorias de Silvio Pellico



*Silvio Pellico relata el viaje
y la permanencia en Roma de la Marquesa Julia
para la aprobación de nuestro Instituto
y el de las Magdalenas.*

Después de haber hecho durante algunos años el necesario experimento de los Institutos de las Religiosas de Santa Ana y aquel de las Magdalenas considero que había llegado el tiempo de ir a Roma para darlos a conocer a la Santa Sede e invocar la aprobación Pontificia. Trató este asunto con el Arzobispo, quien lo consideró bueno, y la piadosa fundadora se preparó para emprender el viaje.

No se dejó impresionar del hecho que dichas solemnes aprobaciones eran muy difíciles de obtener, y que recientemente la Santa Sede las había negado aún a algunas respetables Congregaciones, fundadas ya desde varios años, entre las cuales las Religiosas de San José. El sumo Pontífice acostumbraba dar a dichas instituciones religiosas una especie de reconocimiento menor, llamado Laude, y se detenía en pronunciar un juicio definitivo. No obstante dichos ejemplos, de ninguna o de limitada consideración, la Marquesa no quiso descuidar aquel paso importante, **deseando vivamente consolidar, si Dios quería, aquellas muy amadas instituciones y de traer sobre ellas abundantes bendiciones.**

Le daba pena ponerse de viaje sin la compañía de un Sacerdote [...]. La Marquesa de Barolo propuso al Canónigo Tua d'Acqui de acompañarla, y él, obtenido el permiso del Obispo d'Acqui, aceptó la agradable propuesta.

Mi hermano Francisco, de la Compañía de Jesús, teniendo también que ir a Roma, hice el viaje con él un mes antes que la Marquesa. Nosotros tomamos el camino del mar, y ella tomó el camino de terracería.



Card. Luigi Labruschini

Durante el tiempo que yo esperé a que ella llegase a Roma, fui huésped de los Padres de la compañía en su casa del Jesús [...].

Llegando, la Marquesa de Barolo alquiló una bella casa de dos pisos además de la planta baja, en la calle de la Cruz cerca de plaza de España. Yo me despedí de los Padres que me hospedaron y me fui a vivir con mi bienhechora.

La Marquesa conocía muy bien el Cardenal Lambruschini habiéndolo encontrado a París cuando él, en aquella capital, tenía el cargo de Nuncio Apostólico; ahora, desde varios años, Gregorio XVI le había confiado el cargo mayor de todos, el de Secretario de Estado. La Marquesa fue a presentarse al cardenal para comunicarle el motivo de su viaje a Roma, y el respetable anciano la acogió con los más respetables honores y con paternal afecto, y desde aquel momento no disminuyeron nunca dichas demostraciones; era claro para él el mérito de la súplica y supo discernir y valorar aquel de los institutos en cuestión. Al mismo tiempo anticipó que los



**Marquesa Julia Colbert
Falletti di Barolo**

obstáculos eran muy grandes, y que habría sido muy difícil superarlos en aquella específica circunstancia. El mismo cardenal fue solícito en devolver la visita a la Marquesa y le comunicó de haber hablado con empeño al Santo Padre y de haberlo encontrado lleno de estimación hacia ella y hacia sus obras; pero los preanunciados obstáculos eran realmente muchísimos y se necesitaba mucho tiempo para poder triunfar. Ella, no deseando otra cosa fuera del **cumplimiento de la voluntad de Dios**, no experimentó malestar, sino más bien, **consideró su deber persistir y dar todos los pasos necesarios para poder solucionar el asunto**.



Papa Gregorio XVI

Los demás Cardenales que ella visitó y consultó le dieron muy buena acogida, pero nadie disimuló los graves impedimentos que surgían frente al éxito de su petición.

El Santo Padre fue muy presuroso en concederle una audiencia, escuchó sus palabras con el afecto que se esperaba y le respondió con benignidad tanto que a ella le pareció vislumbrar algún rayo de esperanza.

Pero el Papa, tomando conciencia que ella tenía toda la confianza de obtener una cumplida aprobación, no le dejó esa consolante idea, y dijo que cuando los Cardenales hubiesen examinado el Instituto de Santa Ana y el de las Magdalenas, él esperaba de poder dar, no ya tan pronto la aprobación sino la laude. - **¡Oh Santo Padre! Exclamó ella con ímpeto de filial confianza, la laude es mucho más y no la merecemos, pero para mí no es suficiente.**

Frente a aquel grito del corazón, el venerando Pontífice sonrió y le aseguró todo su afecto.

Consolada de su primera audiencia y de las bendiciones recibidas, ella siguió con prontitud todas las debidas prácticas.

Tuvo otras audiencias semejantes y obtuvo que, en lugar de someter las dos Reglas a muchos Cardenales, trabajo que habría requerido un tiempo incalculable, fuese delegado el estudio solamente a algunos. Pidió también que la presidencia de aquellos a los cuales se le habría confiado dicho encargo fuese dada al cardenal Lambruschini. El Papa respondió negativamente, debido a las demasiadas encomiendas que tenía el Secretario de Estado. Ella, entonces, pidió el permiso de poder ella misma hablar con dicho Cardenal para ver si, no obstante el mucho trabajo, considerase de poder asumir también aquello, e imploró que, en el caso afirmativo, Su Santidad se dignara de concederle el permiso. El Papa dijo que en semejante caso habría consentido, ella fue con el cardenal Lambruschini, le platicó el tenor de la audiencia que había tenido y supo perorar de tal forma que él aceptó la mencionada presidencia.

Por lo tanto, él presidió la delegación de los examinadores, los cuales fueron, además de él, los cardenales Ostini, Bianchi y Polidori. Un trabajo de preparación sobre las cuestiones a tratar fue confiado al Rev.mo P. Justo Recanati de Camerino de la Orden de los Padre Capuchinos, el cual fue más tarde elevado al orden cardenalicio. El P. Justo era Consultor de la Sagrada Congregación de los Obispos y Regulares, hombre de muy culto ingenio y de santa fama, que gozó

de mucha estima por parte de Gregorio XVI y de Pío IX. Mons. Corboli tuvo algo en ese asunto y no se mostraba favorable; pero ésta y otras oposiciones desaparecieron poco a poco.

Un día la Marquesa de Barolo se encontraba a San Pedro in Vincoli y yo estaba con ella. Habíamos sabido que el P. Justo se encontraba allí y ella pidió de poder hablar un rato con él. Él vino a darle audiencia en un lugar apartado, y le dijo que el asunto procedía de manera



Padre Justo Recanati da Camerino
futuro Cardinalico

satisfactoria, y no había duda que los dos Instituto habrían obtenido la laude. - ¡Como! Respondió con su franqueza habitual la Marquesa, ¿la laude? No la quiero, no la quiero. – Renovó nuevamente sus peticiones con energía, con razones elocuentes, con toda la vivacidad de una esperanza que nada podía extinguir. El santo religioso quedó impresionado y prometió de comprometerse constantemente, en lo que fuese en su poder, a sostener dicha causa.

No hay duda que aquella magnánima esperanza que ella tenía, a pesar de muchas apariencias fuertes contra su deseo, no viniese del cielo. Ella rezaba mucho, y aun cuando muy ocupada en visitas, en varios deberes, en cartas que recibía y escribía, no perdía las oportunidades de participar a las peregrinaciones, a las fiestas particulares de la Iglesia en honor de los Santos, y sobre todo a las adoraciones del SS. Sacramento expuesto sobre los altares. Ella había escrito a Carlos Alberto dando las motivaciones de su larga ausencia de Piemonte: el Rey la tenía en grande estimación. Muchas veces, en el pasado, se había dirigido a ella por medio de cartas, con motivo de caridad y de justicia. Él respondió a su escrito con expresiones de benévola preocupación, declarándose dispuesto a considerar su petición y favorecer a una persona que realizaba muchas obras buenas en su reino. En la carta que ella le envió desde Roma, Carlos Alberto dio inmediata respuesta subrayando cuanto él valorizaba sus píos institutos, y cuanto deseaba que obtuviesen la aprobación pontificia. Este tan grande testimonio del Rey fue tomada muy en consideración por el Santo Padre y por los Cardenales y se encuentra grabada en las Actas con los otros documentos.

Cuando por fin agradó a Dios que los ánimos de los examinadores fuesen concordes en manifestarse a favor de dichos Institutos, se volvieron a redactar las Reglas y las Constituciones aportando las modificaciones requeridas y obtuvieron total aprobación con grande sorpresa de muchos que había sostenido que era imposible.

El óptimo cardenal Ostini, quien desde el principio fue de los más obstinados (por el cual la Marquesa decía bromeando que el nombre Ostini era la raíz de la palabra *obstinado*), era cambiado totalmente. De hecho, fue él quien la visito una tarde para anunciarle el buen resultado



Card. Pietro Ostini

plenamente obtenido. Un júbilo indecible brilló en ella, y se puso de rodillas bendiciendo a Dios que tanto la consolaba y a implorarle que la aprobación del vicario de Jesucristo hiciera crecer en virtud aquellos dos afortunados institutos. Se dirigió por tanto con profunda gratitud para agradecer al Cardenal. Vino también el cardenal Lambruschini, y ¡oh! Cuánto vivas y tiernas fueron las palabras de gratitud que la exultante mujer dirigió a él por haberla apoyado tanto.

Cada uno de los otros Cardenales se conmovieron por la gratitud que ella les expresó. Todos la consideraban una nueva Santa Paula.

¿Y qué no dijo ella cuando obtuvo la audiencia con el Vicario de nuestro Señor? Él le renovó las más paternas consolaciones y las más grandes bendiciones para ella, para sus hijas, para su casa y para todas sus obras.

Ella se quedó todavía los días necesarios para cumplir con sus obligaciones para con las familias y hacia muchas personas con las cuales tenía compromisos, y después nos pusimos en viaje. El buen canónigo Tua ya había regresado antes en Piemonte.

La Marquesa se quedó algún tiempo a Florencia para visitar la gran Duquesa; después retomó el camino, llegamos finalmente a Turín el día 6 de mayo de 1846, y día de gozo para los pobres y para todos aquellos que apreciaban la insigne bienhechora de tanta gente.

Inmensa fue, sobre todo, la consolación de las Magdalenas y de las Religiosas de Santa Ana quienes eran deudoras con ella por un tan grande y suspirado beneficio o privilegio, que a ella le había costado noches en vela y solicitudes tan largas y fatigosas. La ternura de su corazón maternal gozó por todos los gestos de afecto, y eso le compensaba abundantemente por todo lo que había sufrido.